

NOTA SOBRE ROMAN VIAL

Por: Alfonso Calderón

No es Román Vial Ureta (1833-1896) una de esas figuras que sirvan de hito para apoyar la transformación de un género literario. Más bien modesto, asiste conmovido a algo similar al fracaso y a la desatención que se produce sobre su obra. No le fue fácil, en un momento en que las reputaciones literarias no eran cuestiones muy dignas de establecer, abrirse camino. A los 16 años, ya trabajaba en "El Mercurio" de Valparaíso, como cajista, para llegar al fin de sus días como experto en la crónica local.

A su muerte, el periódico en que laboraba enlutará las columnas como un homenaje a alguien que, notoriamente más popular por sus artículos de costumbres, había sentado fama de humilde. Por esos días, en el Teatro Odéon se estrenaba la comedia de magia "La Pata de Cabra", los lectores porteños saboreaban el folletín de Wilkie Collins, "La Vida de un Perillán" y un corresponsal chileno, de esos expertos en descubrir las manchas del sol, aminoraba al "brujo Edison", a quien acusaba de decir que podía ver "con sus propios ojos a través de cualquier espeso cuerpo opaco". La publicidad excitaba al público con la mención de jarabes, cerveza, aperos de labranza, viajes en vapor, apaleos, prohibiciones y asaltos nocturnos y modales ingleses. Ya la campana de incendios, como señalara agudamente Edwards Bello, era el himno nacional de Valparaíso, o Incendiópolis.

Con la "petipieza" Una Votación Popular, estrenada ante "escasa concurrencia" en Valparaíso, el 3 de agosto de 1869, se inicia Román Vial en el teatro. No parece haber sido feliz la actuación de algunos de los personajes, lo que se infiere de un comen

tario de "El Mercurio", en el cual se dice que al señor Anitun, que hacía de comandante, apenas se le oyó, "porque la gran barba y los bigotes que sacó le apagaban la voz".

La tesis de la obra puede resumirse en la idea de que los empleados chilenos deben sus trabajos "al favor y no a sus méritos", que la relación social se torna incomprensible por el apego o propensión criolla a enrolarse entre los "gobiernistas" o los "opositores", que el cohecho desajusta la verdadera voluntad de los países y que el voto se ejerce como un negocio pingüe ("pobre del empleado que ha votado contra el Gobierno", advierte uno de los personajes).

Más lograda, "CHOCHE Y BACHICHA" entronca con el viejo sainete rioplatense. Fechada en 1870, vale por múltiples detalles, principalmente por los enredos y el juego verbal, cuya dignidad emana del uso de un argot hispanoitaliano, el "cocoliche", y de un inglés macarrónico cuyas sutilezas se acrecientan por el enredo permanente de las situaciones (algo similar intentó Mateo Martínez Quevedo en su "Don Lucas Gómez").

Las referencias y el juego de pistas temporales atraen, en una mezcla de poesía y de orden camp, un mundo desaparecido. El viento que desarregla, en Valparaíso, la Calle del Cabo; la cerveza "Teniente", los moños postizos, el incendio y los bomberos zapadores contribuyen al interés de una trama que conserva su desenfado, mucho más allá de una mera demostración teatral que podría resultar arqueológica.

Con intención parecida, pero acentuando más las contradicciones sociales, Román Vial estrena, en diciembre de 1871, "Los Extremos se Tocan". La representación se realiza "bajo los más fatales auspicios, porque todos parecían empeñados en desprestigiarla antes de conocerla...", se escribe en "El Mercurio" de Valparaíso (14 de diciembre de 1871). Dos representaciones con "escasa concurrencia", en las que a-

penas entusiasman los decorados de los actos segundo y tercero, obra del "acreditado artista señor Boulet", parecen desanimar al escritor, quien, sin firma, escribe el día 12, en el mismo diario: "Un buen fondo de moralidad en un cuadro que, si no es la obra de una maestra y atrevida mano, tiene por lo menos el mérito de la verdad sencilla y hasta cierto punto el de la originalidad".

"En efecto: los tipos, las escenas, los diálogos, el estilo, todo es de nuestro país. Las escenas son ligeras, hay movimiento, enredo y chiste".

Pretende Vial, sin dejar de lado los datos activos del mundo próximo (los juegos de la malilla y el rocambor, los pasos de la polka, los primeros embates del feminismo, la siutiquería del 'medio pelo' y el contraste entre los hábitos sociales del santiaguino y el porteño), arremeter con impaciencia ante el espíritu empequeñecedor del capitalino, que atribuye a los ingleses el spleen que se les pega en Valparaíso. Fernando, uno de los héroes de la pieza teatral, arguye: "¡Quién les manda venir a hacer visitas a horas tan inoportunas; Sin duda será ésa la moda de Santiago. Pero aquí no: en Valparaíso todos somos ocupados, y es preciso que esas señoras aprendan a elegir las horas y aún los días para sus visitas de cumplimiento".

"Dignidad y Orgullo", estrenada en el Teatro de la Victoria, el 8 de septiembre de 1872, abo mina contra ciertos principios de los enlaces matrimoniales, particularmente contra el interés del rango social similar para aceptar que dos jóvenes se casen. Contra los apellidos y el dinero, no valen los caudales de "la ciencia, la honradez y el amor" y éstos, a los ojos de los señores principales, constituyen baldones exaltados por los jóvenes que pretenden "democratizarlo" todo.

En "La Mujer-Hombre" (1875) se plantea una tesis audaz, la que se resume en una meditación del personaje Florentino, "la ley y la sociedad son injustas con la mujer. Para ella toda responsabilidad

y todo resignación; para el hombre toda libertad y todo derecho".

Con uno de esos juegos de enredos que eran tan gratos a Tirso de Molina, con personajes disfrazados, Vial resuelve una trama compleja, que a menudo linda con la caricatura.

Hay que tener presente que en el no poco complicado mundo europeo, el problema de la mujer está ocupando a los artistas y pensadores sociales. En 1872, Dumas (hijo) publicará un pequeño volumen "El Hombre-Mujer", que motivará incontables réplicas e, incluso, otro texto del propio Dumas: "Las Mujeres que Matan y Las Mujeres que Votan", es motivo de arduas disputas.

Con el juguete cómico "Aló, Aló" (1892), Vial ofrece un cuadro sobre los efectos del teléfono (uno de esos "embelecocos" que han traído los "gringos") y acentúa notablemente los enredos del progreso del siglo y las "ventajas de la alectricidad".

Algo precipitada, la obra traspasa las fronteras de una pieza cómica para constituirse en una avanzada de observación de los nuevos hechos técnicos, cuestión que se malbarata por el endeble juego del diálogo y por la ocurrencia primaria del suceso.

"Gente Alegre. Tertulia de Confianza" (1895), "Gratitud y Amor" (1881) y "Las Heridas del Teniente" constituyen lo más endeble de la producción teatral de Román Vial y son, más bien, indicaciones del permanente desconcierto que el autor experimentó ante el desinterés del público, que aplaudía a la ópera, a la agitada zarzuela y a todo aquello que no fuera nacional.

Como casi todo nuestro acervo teatral, la obra del escritor porteño, aguarda su redescubrimiento.